

## Y domingo siete And Sunday seven



# microscopio del arte y la cultura

Un “domingo siete” en nuestra cultura hispánica es un hecho inesperado e infortunado: en Chile solía decirse “salió con un domingo siete” cuando una niña en edad de merecer, pero soltera, anunciaba estar embarazada. El dicho viene de un cuento infantil de discutible y remoto origen. En la versión más conocida son dos vecinos, ambos jorobados, pero de disímil carácter, uno bueno y otro malo, que tienen un sucesivo encuentro con unos duendes en el bosque. El bueno, que los ve en un claro bailando y cantando una y otra vez un estribillo muy simple, “*lunes y martes, miércoles tres*”, no puede contenerse y se presenta con un “*jueves y viernes, sábado seis*”, quedando las criaturas extáticas, para iniciar luego el dístico así formado, quitar en agradecimiento al autor su joroba y premiarlo con un saquito de oro. Al volver a casa, el malo se entera de la historia y corre al bosque, donde interrumpirá la estrofa con un disonante “*y domingo siete*”, que ni pega ni junta, siendo castigado por los duendes con una segunda joroba.

Ahora bien, recordemos que en tiempos pasados los poetas cuidaban la métrica, que regulaba el número de sílabas por verso, la distribución de éstos en estrofas y, especialmente el tipo de rima, reglas indispensables para recordar y recitar los poemas. Hoy en día cualquier burro escribe una estupidez, la corta en frases desiguales, sin ningún ritmo ni belleza, y puede que termine ganando el Premio Nobel. Vaya en su descargo y valore su crítica a la métrica, que sólo usarla bien no basta para calificar de poeta, siendo ejemplo el español Campoamor, gran versificador pero pobrísimo artista, quien escribiera su verdadero epitafio sin saberlo:

*Yo conocí un labrador  
que celebrando mi gloria  
al borrico de su noria  
lo llamaba Campoamor<sup>1</sup>*

No concordamos con estos ¿poetas? que dicen ignorar voluntariamente la métrica, pues sabemos que lo hacen sólo porque son incapaces de aplicarla, como los impotentes que abominan de las mujeres, pero creemos que la tradición ha menospreciado erróneamente el tercer verso, el del *domingo siete*. Analicemos: los dos primeros son decasílabos, es decir tienen diez sílabas cada uno, por lo cual suenan musicalmente al oído, más aún cuando riman en forma asonante “tres” con “seis” y no así con el siete del verso mocho, de apenas seis sílabas. ¿Cómo entonces este misero estribillo no se ha olvidado con el correr del tiempo? La respuesta es muy simple: *porque no falta a la métrica, que lo autoriza.*

¡Cómo! – exclamaréis - ¿acaso os burláis?

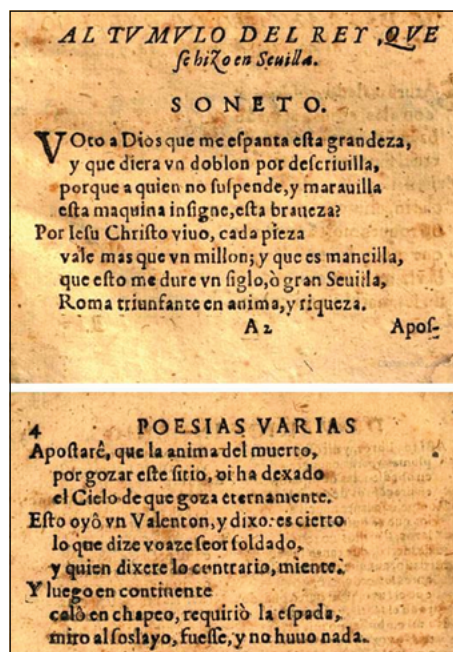


Figura 1. Estrabote. En: J. Ybar. Poesías varias de grandes ingenios españoles 1654.

Ni por un momento. Este verso gracioso, que hace un contrapunto brutal, califica de estrabote, término que la Real Academia define como “*conjunto de versos que se añade al final de un poema, especialmente de un soneto, para rematarlo en general con tono irónico*”. En el Siglo de Oro español solía añadirse al final de un soneto, aunque sus versos no fueran todos endecasílabos (de once sílabas) como los de los cuartetos y tercetos, siendo muy famoso el de Miguel de Cervantes rematando “Al túmulo del Rey Felipe II en Sevilla”, cuyo primer verso tiene apenas siete sílabas, pero que resulta perturbador y amenazante:

*“Y luego, incontinente,  
caló el chapeo, requirió la espada  
miró al foslayo, fuese y no hubo nada”<sup>2</sup>.*

Ahora hagamos un *mix* y tenemos dos heptasílabos inolvidables, con rima asonante, y un mini final de cuatro:

*Y luego incontinente  
tras su domingo siete  
calló Cervantes.*

### Referencias bibliográficas

- 1.- Campoamor R. Poesía completa. Editorial Sopena Argentina S. L. R. Buenos Aires 1964.
- 2.- Cervantes M. Al túmulo del Rey Felipe II en Sevilla. En: Valverde, J.M. Antología de la poesía española y americana. Renacimiento S.A., México 1962; I: 227.

*Walter Ledermann Dehnhardt<sup>1</sup>*

<sup>1</sup>Centro de Estudios Humanistas Julio Prado

Correspondencia a:  
humanitasjulioprado@gmail.com